

Presencias discretas

La primera vez que la sierra me habló yo aún no sabía distinguir el nombre de sus cumbres. Fue una mañana de marzo, con el cielo tan limpio que parecía recién lavado. La sierra de Guadarrama respiraba despacio, como un gran animal que no necesita erguirse para imponer respeto. Desde el valle, los pinos silvestres lucían camisa de nieve sobre sus cortezas y acículas, naranjas y verdes. En las cimas, las rocas enseñaban la espalda desnuda, erosionada por los hielos y los vientos, y por los pensamientos de quienes las han anhelado tanto tiempo.

Dicen que la sierra guarda memoria, y no en el sentido mortal de los hombres que recuerdan fechas o nombres, datos perecederos, al fin y al cabo. La sierra guarda memoria en sus días y noches, entrecruzando las muchas historias que, durante miles de años, llevan sucediendo entre sus valles y riscos.

Fue allí donde lo vi por vez primera.

No parecía alguien importante. Vestía con sobriedad y hasta se mimetizaba con el paisaje. Tenía el rostro alargado y el cabello oscuro le caía en ondas a ambos lados, con la raya en el medio. Los ojos, graves y hondos; el bigote, levemente vuelto hacia arriba y la perilla recortada como una punta de flecha. Se detenía a menudo, no tanto para dibujar como para mirar, como si lo que le interesara no fueran las cosas, sino la distancia y el espacio que queda entre ellas: el hueco entre la Venus y el espejo que recoge su reflejo, entre el rey triste y el bufón que alegra su vida en palacio, entre la puerta que se abre al final de la estancia y el búcaro que es ofrecido por unas manos blancas como la nieve. Esa misma distancia la había ensayado aquí, en los claros del pinar donde la luz se derrama en cascada y el aire se vuelve visible.

Hay quien asegura que el joven pintor, antes de pertenecer a la corte, subió hasta estos montes siguiendo el rastro de una nube. Que se detuvo en los altos prados y observó cómo las sombras volaban más deprisa que los pájaros. Que entendió,

frente a las peñas, que el mundo no se deja atrapar del todo, que siempre queda un resto que se escapa por la esquina del lienzo. Y que ese resto es, precisamente, lo que da aliento e insufla vida a la pintura.

Volví a verlo días después, en otro de los balcones naturales que cuelgan sobre el Guadarrama. Parecía perseguir la luz como los lobos siguen el rastro de sus presas. Era una tarde de viento y, mientras las nubes corrían deprisa sobre las cumbres, musitó en voz baja:

—Lo difícil no es pintar lo que está, sino lo que no está...

Luego cerró su cuaderno, lo guardó, y desapareció entre los pinos.

Años después, cuando el siglo XIX ya había enterrado varios tiempos de paz y de guerra, la sierra volvió a convocar a otros peregrinos. Llegaron sin fusiles ni caballos, pero con cuadernos bajo el brazo y una fe discreta en la educación, izando por bandera una especie de curiosidad disciplinada. Al frente caminaba un hombre vistiendo traje negro y corbata. El rostro era sereno, enmarcado por la barba blanca, y una amplia calva que la luz rodeaba con tal mansedumbre que parecía ceñirle una aureola de santidad. Escrutaba el paisaje con atención minuciosa, como si fuera un texto antiguo que se resiste a ser malinterpretado. Se paraba con frecuencia.

—Qué veis aquí —preguntaba, señalando algún elemento del camino: una roca, un insecto, el fruto de un arbusto o un hongo sobre la corteza...

Las respuestas eran torpes al principio, demasiado rápidas, incluso atropelladas, como si los muchachos quisieran acertar en lugar de comprender. Él no les corregía. Esperaba. Tenía la paciencia mineral de la propia sierra del Guadarrama.

—No memoricéis las cosas sin razonar—decía—. Entended antes cómo funcionan.

Aquella mente privilegiada había concluido que las aulas no podían seguir siendo espacios cerrados donde el polvo acumulaba datos y fórmulas. El aprendizaje

debía salir al campo, medir la altura de los árboles, sentir el frío en las manos, comparar el vuelo de un milano con la trayectoria de una idea. Y así, cada primavera, el grupo emprendía excursiones hacia la sierra como quien regresa a la casa familiar.

Hubo una excursión a la Peñota especialmente recordada. El grupo ascendió por senderos que serpenteaban entre piornos y brezos en flor, como de cabras. El aire olía a resina y a promesa. Uno de los alumnos, fatigado, preguntó por qué era necesario subir tan alto para aprender. El maestro se detuvo y señaló el horizonte: “Porque desde aquí se ve mejor la proporción de las cosas”. No hablaba solo de geografía.

—¿Veis las columnas de soldados avanzando por la calzada romana? — preguntaba—. ¿Y los carros cargados de delicados cristales que vienen desde la Real Fábrica de Vidrio de La Granja hacia la capital? Todos ellos, y muchas más gentes, con sus pesares y gozos, como nosotros, atravesaron este mismo valle: el valle de la Fuenfría.

En la cima, el viento parecía ordenar los pensamientos. Las conversaciones se volvían más claras, como si las palabras pudieran ser escogidas más fácilmente cuando hace frío.

Por las tardes, el sol descendía entre las moles pétreas y convertía el gris salpicado en oro encendido. Los muchachos extendían mantas sobre la hierba, sacaban pan y queso, y hablaban de libertad, de ciencia, de ética... El maestro quería formar personas completas, no especialistas mutilados. Y la sierra actuaba como un laboratorio natural donde las ideas iban cuajando en aquellas almas tiernas e inquietas. En esas conversaciones la sierra parecía inclinarse un poco más hacia los jóvenes, como una madre satisfecha.

En la Pedriza los vi avanzar entre las formas a veces imposibles del granito: torres y agujas, canchales y domos, berrocales y bolos... ¡incluso algún dinosaurio y elefante! El hombre de la barba blanca se agachó junto a una grieta donde crecía un enebro retorcido para explicarles el arte con que el hielo esculpe la roca: la gelifracción. Y, al ponerse en pie, mostró entre sus manos una criatura alada con ocelos estampados sobre un fondo verde, como vidrieras enmarcadas por nervios de escamas.

—El señor director del Real Jardín Botánico acaba de descubrir esta especie para la ciencia.

Los chicos quedaron boquiabiertos.

A veces, la excursión se dirigía al valle de El Paular, y entonces el grupo buscaba refugio en las ruinas del monasterio. Allí dormían, entre los mismos muros que durante tantos siglos habían escuchado rezos y cantos, mientras el viento corría por los pasillos como un joven novicio loco de alegría por sentirse nuevamente acompañado.

Ocurrió una noche, ya entrada la madrugada, que el maestro se levantó y salió al claustro. El cielo estaba despejado y las estrellas parecían clavos diminutos sosteniendo la bóveda del mundo. Sobre el horizonte se recortaba la silueta dormida del Peñalara. En el centro del jardín, una fuente repetía su murmullo de agua antiguo. El maestro se acordó —porque la sierra, a veces caprichosa, une personas separados por siglos— y se preguntó cuántas almas hermanas habrían sentido esa misma mezcla de humildad y grandeza contemplando a oscuras el Guadarrama.

En cierta ocasión, una tormenta sorprendió al grupo en mitad de una excursión por las cascadas del Purgatorio. Las nubes descendieron con rapidez y el gneis comenzó a brillar bajo la lluvia como los ojos de un sapo. Los alumnos corrieron a buscar refugio, pero el maestro permaneció unos segundos más bajo el aguacero. “Mirad”, dijo, señalando cómo el agua transformaba los colores. “La misma roca es otra”. Era una lección de física y de filosofía al mismo tiempo.

Al regresar al monasterio, empapados y riendo, comprendieron que el aprendizaje no siempre es cómodo. Que hay que mojarse, literalmente, para entender ciertas cosas. Y en algún lugar, invisible pero atento, la memoria del pintor asentía: la verdad se encuentra en el instante que escapa.

Con el paso de los años, la sierra fue acumulando estas presencias discretas. El pintor del cuaderno. El maestro de la barba y sus alumnos. Ninguno parecía ser consciente de que estaba dejando una huella que no era de barro ni de tinta.

Mucho después, supe sus nombres.

El humilde pintor que perseguía la luz entre los pinos no era un peregrino cualquiera: era Diego Velázquez, que había aprendido, antes de los retratos de la corte, a medir la distancia entre el hombre y el mundo. Y el maestro de paso tranquilo, el que animaba a sus alumnos a mojarse para entender lo que les rodea, no era otro que Francisco Giner de los Ríos, alma paciente y fundador de la Institución Libre de Enseñanza.

Velázquez concluyó que la realidad no es un escenario inmóvil, sino un tejido de luces en perpetuo cambio. Giner de los Ríos entendió que educar consiste en enseñar a leer ese tejido sin rasgarlo, a seguir el hilo que conduce hasta la comprensión del mundo. Ambos supieron, cada uno en su tiempo y lugar, que la sierra de Guadarrama no es un mero decorado, sino un manantial inagotable de inspiración y conocimiento: un libro abierto donde la luz y el viento escriben lo que el hombre ha de leer.

En los días claros, cuando el horizonte se abre hasta tocar la meseta, es posible imaginar a Velázquez con su pincel invisible ajustando el enfoque de su mirada, como si el aire mismo posara para él. También es posible sorprender a Giner de los Ríos avanzando por el sendero, interrogando más que dictando, convencido de que la educación comienza con una pregunta que dispara las ganas de aprender.

Hoy, cuando subo por los mismos caminos, siento que no avanzo solo y que me acompaña el pintor que buscaba la verdad en la luz, el maestro que perseguía la libertad en la educación, los alumnos que aprendían sobre la naturaleza sin intentar domesticarla... Y por encima de todos ellos, la sierra que canta y silba, atravesando los tiempos.

Ella sigue ahí, ajena a estas historias, pero también dueña de todas ellas. Y nosotros, como quienes nos precedieron, y quienes están por llegar, apenas podemos aspirar a seguir cuidándola, respetándola y admirándola. Ayer, hoy y siempre: nuestra querida sierra de Guadarrama.